

Madame de Treymes





Madame de Treymes



EDITH WHARTON

*Traducción del inglés y prefacio a cargo de
Lale González-Cotta*



IMPEDIMENTA



Título original: *Madame de Treymes*

Primera edición en Impedimenta: junio de 2015

Copyright de la traducción © Lale González-Cotta, 2015

Copyright del prefacio © Lale González-Cotta, 2015

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2015

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Maquetación: Cristina Martínez

Corrección: Susana Rodríguez

ISBN: 978-84-15979-90-6

Depósito Legal: M-19027-2015

IBIC: FC

Impresión: Kadmos

Compañía, s. 37002, Salamanca

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PREFACIO



WHARTON: GENIALIDAD ESCINDIDA

por Lale González-Cotta

Lástima que para el más amplio sector de la posteridad la prodigiosa narradora que fue Edith Wharton (Nueva York, 1862-Francia, 1937), de soltera Edith Newbold Jones, haya quedado solapada por la necesaria intervención de los guionistas en las adaptaciones cinematográficas de sus obras, y lástima también que sean finalmente dichas adaptaciones los ventanucos a través de los cuales se haya asomado la mayoría al talento de esta escritora excepcional. Como suele ocurrir con las novelas llevadas al cine, el espectador debe conformarse con las briznas de genialidad diseminadas en los diálogos. Por este motivo, nos complace mucho rellenar ese desafortunado socavón brindándole al lector esta *nouvelle* de 1907, pequeño frasco de esencias que condensa las habilidades narrativas de la

neoyorquina y avanza algunas de sus recurrentes obsesiones.

Habr  quienes conozcan a Wharton por sus historias de fantasmas, muy en la línea de Henry James, con quien compartió una profunda amistad, *soir es* e intereses literarios. Pero los espectros que merodearon por el imaginario de Wharton no fueron solo de tipo sobrenatural. Con su pluma y tumbada en la cama (como le gustaba escribir), utilizó su posición como escritora y mujer bien relacionada para combatir los fantasmas de la moral burguesa de la época, las limitaciones impuestas a la mujer que ella misma sufrió en carne propia. Tras veintiocho años de infeliz matrimonio con Edgard Robbins Wharton, logr  divorciarse en 1913, aduciendo las sonadas infidelidades de aquel. El trauma autobiográfico que entonces suponía la readmisión de la mujer divorciada en los círculos burgueses debió de resultarle penosamente familiar, a juzgar por las reincidencias en toda su obra y porque constituye el elemento integrador de esta *nouvelle* que presentamos. Traslad  a la literatura su minucioso conocimiento de la psicología femenina para reivindicarse a sí misma y reivindicar a sus contemporáneas. No lo hizo, sin embargo, desde la provocación. Virtuosa de la ironía, dominó magistralmente la crítica tangencial y la elipsis, creando atmósferas movedizas en las que lo fehaciente se contrapesa con lo que se adivina y no siempre llega a materializarse.

Por carácter y por la inercia de su desahogada posición social, Wharton dispuso de un espacio interior, de la «habitación propia» que para Chéjov y Woolf constituye el punto de partida de cualquier experiencia creativa. Su personalidad provocó su difícil encaje en la sociedad bostoniana de principios del xx entre la que vivió cuando era joven y, posteriormente, en la exclusiva sociedad francesa en la que su forma de ser tampoco encontró acomodo. Su conocimiento directo de las clases altas ha hecho que sus escritos de ficción sean valorados como inestimables testimonios sobre los usos y convencionalismos de un segmento de la sociedad extraordinariamente hermético y desconocido para el público. De hecho, Wharton es considerada la historiadora social más perspicaz de la literatura norteamericana, adelantada en la indagación sobre el papel de la mujer, del artista y de su país en los albores del pasado siglo, y reconocida heredera de la novela costumbrista europea al otro lado del Atlántico. Alcanzó además cierto prestigio como decoradora de interiores y paisajista, lo cual hace doblemente estimable su discernimiento de diseños, texturas, artes plásticas y antigüedades: en esta novela, por ejemplo, una alfombra no es una alfombra sin más, sino *una alfombra Aubusson*. No son detalles casuales: desde el siglo xvi las tapicerías de esta marca venían decorando los suelos y las paredes de los *châteaux* franceses más distinguidos.

Wharton se sirve de esta matización para orientar irónicamente al lector acerca de las aspiraciones sociales de la señora Boykin.

A lo largo de su vida Wharton mantuvo una relación de amor y odio con Europa. Sus viajes al viejo continente fueron constantes hasta que en 1907 estableció definitivamente su residencia en Francia. Durante la Primera Guerra Mundial trabajó como enfermera para la Cruz Roja, siéndole reconocida su dedicación por el gobierno francés mediante la entrega de la Cruz de la Legión de Honor. Pero, según se desprende de sus memorias, publicadas en 1933 bajo el título *Una mirada hacia atrás*, tampoco en Francia se sintió a gusto: si en Boston la rechazaron porque era demasiado elegante para ser inteligente, en París resultó ser demasiado inteligente para ser elegante. *Madame de Treymes* constituye un inestimable escaparate de este ambivalente sentimiento europeísta. La denuncia del fariseísmo de la sociedad francesa discurre paralela a los amores de dos jóvenes americanos cuya transparencia contrasta con la duplicidad de la aristocracia parisina, con su despliegue de ambigüedades gestuales y verbales y con la mortificación de sus inexpugnables silencios. Dicha divergencia se refleja en las diferentes actitudes que ante la vida adoptan los residentes del elitista barrio de Faubourg y los personajes americanos. La joven Fanny de Malrive —de soltera Frisbee—, americana de nacimiento y francesa por matrimonio, se situaría

entre dos aguas, oscilando entre la nostalgia por la saludable espontaneidad de sus paisanos y la fascinación por la sociedad francesa que dice aborrecer. Wharton caricaturiza dicha contradicción a lo largo de toda la novela. La personalidad genuinamente parisina ha de traer incorporada la virtud de impostar, parece ser el mensaje subyacente. La falta de recursos para jugar al enigma se considera una especie de minusvalía social que hace a algunos, como al matrimonio Boykin, patéticamente descifrables.

Todo en esta *nouvelle* apunta en la misma dirección, la de dos mundos —«razas», según designación de la propia Christiane de Treymes— que se repelen, en la misma proporción en que se atraen, por sus contrapuestas actitudes y aptitudes sociales. Los americanos de esta historia no consiguen implantarse de lleno en la sofisticada sociedad parisina y, como inconfesado mal menor, sobreviven creando «un pequeño mundo apenas poblado por compatriotas que compartían su actitud de crónica oposición a una sociedad crónicamente indiferente a ellos». En cada página arrecian las críticas a los franceses, a la hipocresía de sus actos sociales o presuntamente benéficos en los que los americanos son acogidos en calidad de vistosos objetos exóticos susceptibles de ser explotados económicamente.

Pero Wharton es demasiado perspicaz para no ser objetiva. Ciertamente, los personajes americanos de

esta historia no dejan pasar la oportunidad de criticar la duplicidad parisina, la oscuridad de sus palabras y de sus motivaciones, pero, a la menor oportunidad, se produce la asimilación al denostado extranjero, como fue el caso de la americana Fanny Frisbee, reconvertida por matrimonio en sofisticada Fanny de Malrive.

El propio Durham, protagonista masculino de esta historia sobre cuya mentalidad práctica y liberal rebota el prejuiciado convencionalismo francés, se desenmascara cuando a su vez se declara infatuado por el evanescente encanto de lo francés. Prueba de ello es que, habiendo conocido a la encantadora Fanny en América algunos años atrás, no se había sentido atraído por ella. Lo hace cuando algún tiempo después la reencuentra integrada en la sociedad parisina, adoptadas las alambicadas maneras de la élite a la que pertenece.

Como se apuntó más arriba, el lector encontrará en este relato ecos del drama conyugal de Wharton. Fanny de Malrive únicamente obtendrá el divorcio de la procelosa justicia francesa alegando las continuas infidelidades de su esposo. La rehabilitación social de la mujer divorciada y las secuelas de un matrimonio abolido en los albores del siglo xx constituyeron un trauma personal que Wharton intentó exorcizar en sus escritos y que en su momento sumió a la autora en una importante depresión. El hecho de que *Madame de Treymes* se escribiese en 1907 hace pensar que la idea

de la ruptura matrimonial andaría torturando el ánimo de Wharton durante seis años, hasta la obtención definitiva del divorcio en 1913. Como se desprende de los escritos de la autora, la absolución legal no trajo consigo la emocional. Prueba de ello es la reencarnación de la misma mujer escindida en sucesivos personajes de la escritora americana: Fanny de Malrive prefigura a la condesa Olenska de *La edad de la inocencia* (1920), y ambas emparentan a su vez con otros personajes femeninos de los relatos cortos de la autora.

Pese a todo, no encontró Wharton la manera de resolver el conflicto que se produce entre las aspiraciones sociales y la plenitud personal del individuo. Escapar de la sociedad y de su tiranía acarrea otra clase de infelicidad que pone de manifiesto la insalvable distancia entre la vida pública de cada uno y el recinto cerrado de la mente y de los sentimientos. Esta esquizofrenia, que se plantea a lo largo de esta obra, volverá a encontrar amplio eco trece años más tarde en *La edad de la inocencia*. El tono en que concluyen ambas novelas, de resignada desesperanza, abrocha esta teoría de la irresolución que es, por otra parte, uno de los mayores encantos del universo narrativo de Wharton.

Quizá como afortunado lastre de la técnica adquirida en el relato de fantasmas, subyace en las novelas sociales de Wharton cierta inquietante oscuridad, sumamente atractiva, que no llega a despejarse al alcanzar el lector la última página. En concreto, en

Madame de Treymes esta bruma no se palpa exclusivamente en los aledaños del elitista barrio de Faubourg, por más que la atmósfera esté magistralmente auspiciada por los austeros salones, por el negro luctuoso que visten los residentes, por el sombrío jardín que amortigua el eco de las conversaciones de los personajes, o por las inextricables actitudes del clan allí reunido. Tan inescrutable le parece a Durham todo lo que envuelve la residencia de Faubourg que, cuando madame de Treymes le propone un paseo «para ver el resto de la casa», el interpelado lanza al lector una sarcástica pregunta retórica: «¿Acaso hay algo aquí que se pueda ver con claridad?».

Pero en Wharton lo enigmático con frecuencia sobrepasa lo textual. Se trata más bien de un segundo plano de lectura, algo así como una puerta entornada que en ningún momento deja de serlo y que insinúa otra historia, atravesada y subrepticia, cuyo desarrollo se deja al instinto del lector. Más allá de lo que leemos, ¿no somos capaces de presentir entre líneas un posible enamoramiento por parte de Durham y madame de Treymes? ¿Habría fraguado esa relación de amor de haber avanzado un poco más la historia? Me atrevo a decir que así parece ser, al menos por parte de madame de Treymes. Su actitud a lo largo del último capítulo alienta tal elucubración en el lector con una admirable economía de recursos. De hecho, es la relación de Durham con

madame de Treymes, no con Fanny de Malrive, la que hace chispear la historia. La elección del título no es accidental; más bien un aviso mediante el cual Wharton deja claro cuál es el subyugante personaje alrededor del cual orbitan todos los demás.

Por último, no me sustraigo a la tentación de resaltar el agudo sentido del humor de la escritora, más hilarante cuanto más recóndito o escorado. Escojo para ilustrarlo una memorable perla de este relato, la que tiene lugar cuando Durham, habituado a la desasosegante parquedad de madame de Treymes en las excepcionales ocasiones en que consigue dialogar con ella, se ve de repente abrumado por un eventual arranque de locuacidad por parte de esta. Al hilo de dicha imprevista efusión comenta Wharton:

Había depuesto el talante frívolo como quien aparta a un lado el abanico, y a Durham le desconcertó la íntima desolación de la que de repente le hacía partícipe a través de sus miradas y sus gestos. Seguramente ningún anglosajón llegará nunca a comprender la fluidez que las razas latinas han alcanzado en la confianza personal al cabo de tantos siglos de confesionario.

Desde el mirador del siglo XXI no faltará quien piense que los códigos victorianos denunciados por Wharton están superados, que poco interesan ya al lector de nuestros días. He resaltado antes el valor

que como material social tienen y tendrán los relatos de la escritora. Patente quedará también la vigencia de su perspicaz sentido del humor. Pero, al margen de eso y en respuesta al eventual reproche sobre la prescripción del mundo social de Wharton, me permito dos matizaciones: la primera, no por derogados dejan de resultar interesantes los comportamientos de otros tiempos, más bien al contrario, diría yo a juzgar por el éxito, por ejemplo, de las series televisivas históricas; y segunda: la ortopédica puesta en escena social de las élites descritas por Wharton en esta *nouvelle* no es un anacronismo, como pueda serlo el uso de pelucas empolvadas, de monóculos o de gorgueras. En realidad, no difiere sustancialmente de las imposturas que pueden detectarse hoy día en los tradicionales rastrillos benéficos organizados por la alta burguesía, o incluso en algún sepelio de blasón celebrado en ciertas capitales de provincia españolas. Lo que irremisiblemente acaba echándose de más en tales ambientes son la boba infatuación y la vergonzante pleitesía de los aspirantes a zánganos sociales en torno a alguna abeja reina. De hecho, el espectáculo de dichas imposturas continúa siendo objeto de deseo entre editores y consumidores de prensa rosa. Comprobarán, estimados lectores, que Wharton se hizo eco de eso mismo, pero de forma infinitamente más incisiva, inteligente y divertida.

LALÉ GONZÁLEZ-COTTA

Madame de Treymes

I

De pie ante la puerta del hotel de la rue de Rivoli y mientras aguardaba pacientemente a que madame de Malrive se pusiese los guantes, John Durham contemplaba el radiante mediodía sobre los jardines de las Tullerías.

Sus viajes a Europa eran lo suficientemente esporádicos como para que la frescura de su mirada se hubiese conservado intacta, y le admiraba de la misma forma que la primera vez la fascinante y consumada perfección del espectáculo que resultaba ser París, cómo parecía haber sido diseñado de manera provocadora y deliberada cual escenario para el goce de la vida, en lugar de resignarse a satisfacer festivos instintos —o a erigirse a modo de empalizada

contra ellos—, como le sucedía a su patética Nueva York natal.

Sin embargo, ese día en concreto, y pese a que el panorama no podía ser más embriagador, en aquella húmeda primavera de aguaceros, con los castaños abovedándose en un verde irreal contra el cielo de gasa, cuando incluso el polvo de las calles parecía fragancia de lilas casi tangible; ese día, por primera vez, la sensación de ser parte implicada, de tener que interferir él mismo en sus efectos e influjos, impedía que Durham sucumbiera dócilmente a la magia. París podría seguir siendo —lo era sin duda para los no involucrados— la ciudad más bella del mundo, pero, para él, a fin de cuentas, el que fuese el más adorable o el más aborrecible de los lugares dependía de la parsimonia con que Fanny de Malrive se abotonaba su guante blanco.

En el marco de la relación que venían manteniendo, a Durham se le antojaba significativo el hecho de que la joven hubiese olvidado ponerse los guantes mientras descendían en el ascensor del hotel, minutos después de abandonar las habitaciones que ocupaba la madre de él. Fanny pertenecía a la clase de mujeres que uno siempre concibe impecablemente vestidas, acicaladas hasta el más primoroso detalle y conjuntadas a la perfección. En términos generales, que la despedida de la familia Durham la hubiese afectado tanto como para internarse en las calles de

París sin ponerse previamente los guantes parecía un buen presagio para el criterio que sobre la ciudad habría de formarse Durham a partir de entonces.

Incluso en aquel preciso instante, en la penumbra del cobertizo para carruajes, podía él percibir en la joven una leve agitación, un deseo de tomar aire y de recobrar el dominio de sí misma patentes en el modo en que se afanaba con los últimos botones, mientras, fuera, su lacayo aguardaba a que se le llamase.

Cuando al fin salieron a la calle, dicho sirviente les comunicó que el coche de la señora marquesa había tenido que apartarse momentáneamente de la puerta para ceder el paso a otro, pero que regresaba de nuevo justo en ese momento. Madame de Malrive interrumpió la explicación:

—Volveré a casa caminando. Prepare el coche para esta tarde, a las ocho.

Cuando el criado se dio la vuelta, ella alzó por primera vez la mirada para encontrarse con la de Durham:

—¿Me acompañas? Crucemos por las Tullerías. Me gustaría sentarme un rato en la terraza.

Lo dijo de forma directa y natural, como si fuese lo más normal del mundo que ambos paseasen juntos por París. Sin embargo, pese al exiguo conocimiento que Durham tenía del mundo en que ella se desenvolvía —conocimiento adquirido básicamente mediante la concienzuda lectura de novelas románticas—, él

le concedía una estremecedora importancia a aquella espontaneidad de Fanny. En efecto, Durham empezaba a descubrir que uno de los encantos de la sociedad elegante consistía en analizar minuciosamente cualquier contacto que tuviese lugar entre ambos sexos. Si, en los remotos tiempos de la desinhibida Nueva York, Fanny Frisbee le hubiese propuesto dar un paseo por el parque desde el portal de alguna vivienda adosada de piedra rojiza, a él, su acompañante, le habría parecido una idea agradable pero carente de importancia. En cambio, ahora, la sugerencia de Fanny de Malrive de pasear por las Tullerías estaba cargada de ambiguas promesas.

Tan abrumado estaba Durham con las implicaciones de dichas promesas que iba caminando junto a ella sin pronunciar palabra a través del ancho pasaje que discurre paralelo a la rue de Rivoli, permitiendo incluso, cuando llegaron al otro extremo, que lo condujese sin más hacia los escalones que llevaban a la terraza de Feuillants. Bien pensado, las posibilidades tenían un doble filo, y también pudiera ser que Fanny se hubiese desviado de las normas por la simple razón de que lo que tenía que decirle era tan terrible que precisaba rodearse del ambiente más propicio.

Ella, en cambio, parecía no encontrar nada embarazoso en el silencio de Durham. Formaba parte de su larga instrucción europea el haber aprendido a

manejar las pausas sin perder la calma. En los días en que se apellidaba Frisbee, las habría rellenado con arbitraria fluidez; sin embargo, ahora se complacía viendo cómo dicho silencio se desplegaba entre ambos igual que el vasto futuro que se abría ante sus pies. La proximidad de la joven contribuía hoy a acentuar la compleja belleza de ese futuro, a medida que la pareja avanzaba hacia él por entre los tilos de la terraza lateral, podados en simetría perfecta. Se insinuaba en ella un atisbo del poder, desmesurado e impersonal, que controlaba y regía su vida de una manera que Durham no podía siquiera imaginar, y que interponía entre ambos el abismo de sofisticación en el que la había sumido su matrimonio. Lo exiguo de lo que él podía ofrecer a cambio se le hacía ostensible en contraste con el esplendor de las amplias avenidas que se estrechaban según ascendían en dirección a la gloria crepuscular del Arco. Tanto pavor le infundía esa desventaja que todo lo que tenía pensado decirle en cuanto se presentara la ocasión acabó finalmente comprimido en un abrupto y perentorio:

—¿Y bien?

Ella respondió enseguida, como si hubiese estado esperando la pregunta:

—No sé desde cuándo no me sentía tan feliz...

—¿Tan feliz? —Una repentina alegría encendió la piel clara de Durham.

—Sí, como lo he sido hace un momento..., tomando el té con tu madre y tus hermanas.

El «oh» de sorpresa que emitió Durham contenía una leve decepción que la joven se limitó a mitigar murmurando un conciliador:

—¿Nos sentamos?

Él localizó dos confortables sillas amarillas, perfectas para aquel entorno, y las colocó bajo el árbol junto al cual se habían detenido, comentando con resignación mientras lo hacía:

—Por supuesto, también ha sido un placer para ellas verte de nuevo.

—¡Oh, no es lo mismo! Quiero decir... —se interrumpió, hundiéndose en el asiento, dejando traslucir por primera vez una momentánea torpeza para manejar la situación convenientemente—. Quiero decir —prosiguió con una sonrisa tímida— que no ha sido todo un acontecimiento para ellas, pero sí para mí.

—¿Acontecimiento? —la alentó Durham ansiosamente. Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa podía significar aquella palabra (en el lenguaje de cualquier sociedad elegante) sino lo que él más deseaba que significase?

—¡Estar de nuevo entre americanos de verdad: entrañables, buenos, amables, sencillos! —profirió ella, acumulando epítetos con resuelta prodigalidad.

La sonrisa de Durham se desdibujó de nuevo en un visaje impersonal. Al mismo tiempo, respondió, algo a la defensiva:

—Si ha sido exclusivamente nuestro americanismo lo que te ha hecho disfrutar de ese modo..., estoy seguro de que podemos proporcionarte tanto como desees.

—¡Sí, de eso se trata exactamente! ¡Si supieras lo que esa palabra significa para mí! Significa..., significa... —se detuvo, como para asegurarse de que estaban lo suficientemente apartados de los grupos que descansaban bajo otros árboles—, significa que me siento segura con ellas: ¡tan segura como en un banco!

Durham notó un repentino calor tras los párpados y en la garganta:

—Sí, creo que sé...

—No, de verdad, no lo sabes. No puedes saber lo entrañable, familiar y extraño que me sonaba todo: los conocidos nombres de Nueva York que surgían sin cesar en la conversación de tu madre, sus graciosas y pintorescas ideas sobre Europa (su concepto de este continente como un enorme e inofensivo espacio de ocio y de compras para americanos) y cómo añoraba el pan casero y prefería los espárragos americanos... ¡Estoy tan harta de los americanos que menosprecian incluso sus espárragos! Y también tu hermana casada que veranea en... ¿qué sitio era? En Casa Kittawittany, en el lago Pohunk...

Entre Durham y el luminoso verdor de los Campos Elíseos se interpuso una visión de circunspectas

señoras con echarpes tipo Shetland, lentes y cabellos recogidos en apretados moños, comiendo tarta de arándanos entre horas en un comedor erigido sobre guijarros en la despoblada cima de una montaña de Nueva Inglaterra. Replicó con una débil sonrisa:

—Sí, pero mi hermana casada es la oveja negra de la familia. El resto nunca hemos caído tan bajo.

—¿Bajo? Yo creo que es hermoso, fresco, inocente y sencillo. Recuerdo haber ido en una ocasión a ese lugar. Se supone que cenan temprano, aunque lo hacen bastante tarde, en realidad, y pasean luego en cabriolé por caminos terribles, trayendo a su regreso varas de oro y hojas de otoño. En la plaza se suelen leer en voz alta libros de ciencias naturales. Y siempre hay un tímido joven, solo uno, con pantalones de franela, que va a ver a la chica más bonita (¡y puede escoger entre un montón!) y la lleva a pasear en calesa durante horas... —se interrumpió, y acabó resumiendo en un prolongado suspiro—: ¡Hace quince años que no voy a América!

—Y sigues siendo una apasionada americana.

—Oh, más cada día que pasa.

Él vaciló:

—Entonces, ¿por qué no has regresado nunca?

Su semblante se descompuso al instante, reemplazando la luz retrospectiva por la mirada alerta, discretamente sombría, que él conocía.

—Era imposible: siempre lo ha sido. Mi marido

no quería ir y, desde nuestra separación, han existido motivos familiares...

Durham suspiró con impaciencia:

—¿Por qué hablas de motivos? Lo cierto es que has hecho tu vida aquí. ¡Ya no podrías abandonar esto jamás! —Lanzó un gesto de desaliento en dirección a la plaza de la Concordia.

—¿¡Qué dices!?! Me marcharía mañana mismo. Pero ahora ya no podría ir más que de visita. Debo vivir en Francia, por mi hijo.

A Durham empezó a latirle con fuerza el corazón. La conversación por fin se aproximaba al punto hacia el que su mente quería encauzarla. Comenzaba a intuir una connotación personal en las palabras de Fanny. Y eso le hacía ser aún más cauteloso en la elección de las propias.

—¿Es que existe un acuerdo respecto al chico? —se atrevió a preguntar.

—Di mi palabra. Sabían que era suficiente con eso —dijo ella con orgullo. Y, como para hacerle plenamente partícipe de sus razones, añadió—: Habría sido mucho más difícil para mí obtener la plena custodia de mi hijo si no hubiese dejado claro que viviría en Francia.

—Parece razonable —asintió Durham tras una breve reflexión. Era instintivo en él, incluso en el ardor de sus intereses personales, plantearse por un instante la cuestión de «lo justo». Sus pretensiones volvieron

a quedar en evidencia cuando prosiguió tímidamente—: Pero cuando se haga mayor, cuando crezca: ¿te sentirías más libre entonces?

Ella reaccionó con un ligero sobresalto, como si se tratara de una posibilidad demasiado remota para formar parte de su visión de futuro.

—¡Solo tiene ocho años! —protestó.

—Ah, claro, queda todavía mucho tiempo, ¿no?

—¡Mucho tiempo, gracias a Dios! Las madres francesas demoran el momento de separarse de sus hijos y, al menos en eso, pienso ser una madre francesa.

—Naturalmente, por supuesto, solo te tiene a ti...
—asintió de nuevo Durham.

Estaba impaciente por demostrarle lo bien que comprendía su punto de vista, aunque solo fuera para predisponerla a la recíproca justicia de intentar comprender el suyo cuando llegase el momento de exponerlo. Y empezaba a pensar que dicho momento había llegado, que el paseo no habría culminado en aquella apacible cita bajo los árboles, sin mediar excusas ni pretextos, si la intención no hubiese sido la de brindarle a él la oportunidad que buscaba.

Como era típico en él, aprovechó la ocasión sin andarse por las ramas:

—El otro día, cuando te hablé sobre mí, sobre lo que siento por ti, no dije nada sobre el futuro porque, de momento, mi mente rehusaba ir más allá de una esperanza inmediata de felicidad. Pero, por supuesto,

incluso en aquel instante, percibía que aquella esperanza entrañaba ciertas dificultades..., que ya no podemos, como quizá pudimos haberlo hecho una vez, estar juntos sin tener en consideración otra cosa que no seamos nosotros mismos. —Se detuvo, y añadió sin rodeos—: Si existe la menor oportunidad de que me escuches, estoy dispuesto a vivir aquí mientras tengas que estar junto a tu hijo.